

# POR UN CRISTIANISMO

**D**E un gran neurólogo, el profesor Chauchard, se va a publicar en España la segunda edición de un libro cuyo título es el mismo de mi artículo.

Esa noticia me ha sugerido la importancia del tema, sobre todo con motivo de esta revolución pacífica, dentro del catolicismo, que tiene que ser el Concilio.

Cuando en el esquema de libertad religiosa se afirma —como todo el mundo sabe— que depende ésta de algo que es inherente a toda persona humana, estamos en vías de una nueva época para la Iglesia.

El paternalismo clerical, la teocracia larvada, el autoritarismo sin amor, son cosas que podrán quizá haber sido más o menos frecuentes en otra época; pero que hoy no pueden ya serlo.

De ahora en adelante no se nos podrá convencer de que una cosa es racional, por vía de autoridad. Trágica inconsecuencia, esta pretensión de algunos clérigos, que para defender la razón no sepan dejar que ella misma se ejercite, sino que tengan que acudir a un maestro, o un inquisidor, que nos diga todas las mañanas lo que debemos pensar durante el día. Esperaban, para poder discutir, al último parte de la Santa Sede. Olvidando con ello, que este mundo se construye por sus propios medios, y con el ejercicio de nuestra propia razón. No con anatemas, excomuniones o prohibiciones de pensar. La época de los anatemas ha pasado, como acaba de repetir el Papa.

Si somos cristianos sabemos que —vitalmente— nuestro intelecto está inmerso en Dios; y sin forzarlo, lo hace eficaz para procurar su propia expansión por medio de la libertad y de la auto-creación. Dios no es un «deus ex machina» que, desde fuera, arregle las cosas en el momento oportuno. No es el director de guiñol que mueve las figuras. Son ellas mismas quienes se mueven; y en eso precisamente, consiste la acción de Dios: en respetar la constitución racional y libre que El les ha dado a los hombres.

Si no somos creyentes, el problema es el mismo. Pues quien sea sincero no tendrá más remedio que guiarse por sus propias convicciones y evidencias, hasta llegar cada vez más a acercarse a la verdad, tal y como él la va concibiendo. Nosotros los católicos sabemos que Dios está cerca del hombre de buena voluntad, ayudándonos en nuestra tarea a todos, porque «Dios es más íntimo a mi mismo, que yo mismo», como dice San Agustín.

**H**ACE unos pocos años —en 1941— publicó un teólogo protestante alemán —Rudolf Bultmann— el primer trabajo en el que se planteaba una grave cuestión: ¿existen mitos en el cristianismo?; ¿cuáles son éstos?; ¿habría que desmitologizar la Biblia?

El ensayo en cuestión produjo la mayor impresión que se ha podido detectar en este siglo, dentro de los ambientes cristianos, porque, en su radicalidad, quería suprimir tantas cosas esenciales a la Revelación, que de ella sólo quedaba un raquítico esqueleto. Esqueleto, por otro lado que era más una filosofía humana, semejante a la del filósofo Heidegger (el complaciente seguidor del nazismo, que hizo excepción en el mundo del pensamiento).

Pero lo curioso fue que, entre los contradictores de Bultmann, hubo —y hay— algunos que no eran cristianos: como el psiquiatra y filósofo Karl Jaspers. En la célebre discusión que tuvo con él, se opuso terminantemente, este pensador que también fue de derechas como Heidegger, al teólogo protestante.

**D**ENTRE los escritores católicos ha habido algunos, que sin coincidir con la postura drástica del profesor protestante alemán (ahora en Norteamérica, exiliado desde el tiempo de Hitler), creen que existe una parte de razón en ciertas pretensiones suyas. ¿Quiénes son estos autores? Los especialistas: Padre Racette, S. J.; Padre Beda Rigaux, O. F. M.; el abbe René Laurentin; el Padre Stanley, y el Padre Burke.

¿Hasta dónde llegan estos teólogos? Veamos lo que dice uno de ellos; el franciscano Beda Rigaux escribe: «el teólogo católico puede admitir que en los (evangelios) sinópticos (de Mateo, Marcos y Lucas) hay diferentes capas de tradiciones, cada una con su valor histórico propio. También puede admitir la necesidad de desmitologizar, si se entiende por ello la reducción del sistema cósmico de los antiguos a nuestras modernas concepciones».

«Por eso no es contrario a la verdad de la narración (de los Evangelios), el

hecho de que los evangelistas refieran los dichos y los hechos del Señor en orden diverso unos de otros; y expresen sus dichos sin ser a la letra, sino con una cierta diversidad» (Comisión Pontificia de Estudios Bíblicos, 21-IV-64). Hay que saber cómo se originaron y compusieron los Evangelios por hombres de otra época, con su peculiar manera de pensar, y no interpretarlos como haríamos hoy día.

Dos cosas pueden hacerse, según estos teólogos: estudiar los pasajes bíblicos para saber qué es historia, en el sentido que los hombres del siglo veinte damos a esta palabra; y cuáles son las ideas culturales de la época, que están mezcladas con el relato bíblico, para poder desprender la afirmación que quiere hacer el autor sagrado. Este doble análisis es necesario, para evitar dar una interpretación ingenuamente inexacta a algunas afirmaciones de la Biblia.

Por no tener en cuenta esto, hemos tenido que sufrir los ataques —que hoy parecen ingenuos— de quienes nos reprochaban el infantilismo del relato de la Creación en sus detalles narrativos. O de ciertos hechos prodigiosos, como las plagas de Egipto; o de determinadas afirmaciones contra la ciencia natural actual como las liebres rumiantes del Antiguo Testamento, que nos echa en cara el filósofo Bertrand Russell).

Hoy sabemos —gracias al Papa León XIII— que la Biblia no es un tratado de ciencia, sino de religión; y que usaron sus autores los conocimientos imprecisos y populares, de la época en que vivieron, para expresar su mensaje religioso. ¿Cómo, si no, hubieran sido entendidos por aquellos hebreos subdesarrollados de hace tantos siglos? Pretender otra cosa hubiera sido un propósito estéril, fuera del nivel mental de los oyentes a quienes hablaban los autores inspirados.

También sabemos hoy —porque la Comisión Bíblica Pontificia lo ha dicho— que, a pesar de la rigurosidad histórica de los escritores de la Biblia —bien demostrada en comparación con las literaturas de los países vecinos—, los procedimientos literarios eran muy distintos de los nuestros; y sus afirmaciones tienen que ser estudiadas con arreglo a la manera de pensar y escribir de la época en que fueron redactados tales documentos, que evidentemente no eran las mismas nuestras. Así no podremos ya embarrancarnos en ciertos detalles que no tiene importancia, como el saber si los discípulos de Jesús debían llevar un bastón (según Marcos) o ninguno (según Mateo y Lucas); detalles que hace unos años eran objeto de las más ingeniosas y frustradas explicaciones.

Lo que sí es verdad es que en la Biblia se nota un afán de rigor histórico creciente, que tiene su culminación en los Evangelios, y ése es un hecho patente, pese a Bultmann o a quien sea.

**P**ERO está ahí también latente el problema del principio: ¿el mito debe ser eliminado de todo mensaje religioso, o es vehículo necesario para el mismo?

Yo creo, que antes de contestar a estas preguntas hay que decir, que no se acierta con la solución, porque no se distingue bastante entre las diferentes acepciones de la palabra «mito». Cosa que el gran teólogo protestante Erich Dinkler —profesor de la Universidad de Bonn— ha señalado hace poco agudamente.

Si por mito entendemos una fábula o ficción (como critica San Pablo en su primera carta a Timoteo), hay que desechar este procedimiento, y limpiar de toda adherencia espúrea lo religioso.

Pero si, por este término, entendemos un procedimiento literario para poder expresar el misterio de la otra vida con palabras y conceptos de nuestro mundo, habría que pensar más despacio esta cuestión. Los profesores Cassirer, Mircea Eliade y Susana K. Langer han demostrado su eficacia como método de pensamiento.

El profesor Chauchard —el autor de ese valiente libro que se llama «Por un cristianismo sin mitos»— no llega a plantear las cosas con tanta profundidad, como antes indico. Se queda solo al primer nivel; o sea al de la pura ficción o fábula, y por eso arremete duramente contra todo «mito», que sea una falsificación de lo religioso, venga de donde viniere.

Esto es lo que debemos hacer todos los cristianos. Superar el estudio infantil de la humanidad, envuelta en las brumas de la imaginación y la fan-

# SIN MITOS

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

tasía, para acceder de una vez a la «mayoría de edad» que han proclamado los últimos pontífices: Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. El seglar católico debe ser ya un adulto por derecho propio; y necesitamos hacer lo que esté en nuestra mano, para que esta madurez de derecho lo sea también de hecho.

Si se trata de la creación del mundo, queremos los cristianos de hoy que no se nos quiera «concordar» inocentemente, por ejemplo, el relato del Génesis con los resultados de la ciencia; sino confesar noblemente que la Biblia no pretende más que exponer la cosmogonía que corresponde al tiempo de asirios y babilonios; pero limpia de toda concepción religiosa grosera, y a pesar de su lenguaje figurado y popular— con una gran dignidad.

Los mitos que hay que combatir, son las ficciones y fábulas que combatía ya San Pablo en su tiempo. Ese afán —como decía antes— de mantener a los creyentes en perpetuo infantilismo, bajo la férula de un abusivo paternalismo de la autoridad religiosa, tiene que ser superado.

¿Cuándo se lanzarán, entonces, los fieles católicos a tener una decidida personalidad, como pide la Constitución dogmática sobre la Iglesia?

¿Cuándo se convencerán algunos dirigentes religiosos de que su función es, como la del Papa incluso, el ser «centro del amor», y la del «que preside en el amor», porque su misión es «servicio, ministerio y amor»? ¿No ha sido San Ignacio de Antioquía el primero que lo recordó en los primeros siglos cristianos, y ahora Pablo VI lo vuelve a recordar, con las frases que cito antes? ¿Se parece esto a lo que algunos pretenden, confundiendo el sentido de la autoridad civil con el de autoridad eclesiástica, que es completamente distinto?

**N**O es extraño que el profesor Chauchard haga labor de «pionero» en este breve libro y que en él plantee, aunque sea someramente, una serie de puntos de reforma de nuestro pensamiento cristiano, demasiado antropomórfico a veces.

«Debemos proclamar muy alto que lo que más complace de la teología católica, a un espíritu científico, es el lugar que otorga a la razón» (Chauchard). Por eso debemos afirmar que «existe una apologética religiosa que parece absolutamente incompatible con la fe del sabio» (idem). Es esa apologética que exige que aceptemos, por ejemplo, unas pruebas racionales de la existencia de Dios, no por sí mismas, sino por vía autoritativa. O de quien nos presenta los milagros de Lourdes, avalados por la autoridad eclesiástica para que no tengamos más remedio que aceptarlos. O las revelaciones privadas de algunos santos, como si fuese parte integrante de la revelación de Cristo. O una moral alienada, en vez de proponer una moral de expansión y respeto a lo mejor del ser humano. O un recelo por el progreso humano, a menos que esté dirigido por manos eclesiásticas.

Como decía, y he repetido yo en estas mismas páginas, el padre de Broghé, S. J.: los libros de los incrédulos, siempre que estén serenamente escritos, sin burdos ataques a la religión, pueden ser un estímulo a nuestro pensamiento; y como piensa Chauchard, debían ser una ayuda para llegar a suprimir de nuestra religión tanta ficción y fábulas populares que las enpequeñecen en la práctica. Así evitaríamos el afán de ciertos clérigos de narrar hechos bíblicos envueltos en interpretaciones ingenuas y ficticias. Su norma debía ser la de la Santa Sede: «al narrar los hechos bíblicos, no mezclen circunstancias ficticias poco de acuerdo con la verdad» (Com. Pont. E. Bíblicos, 21-IV-64). Incluso «sería necesario —si se pudiera contar con la fe inquebrantable de los creyentes— que en los seminarios existiera una enseñanza científica antirreligiosa, preparada por ateos. Los teólogos podrían entonces comprender en qué debe fundarse su argumentación» (P. Chauchard).

Por eso recomendaba el pensador católico Jean Guittou, que ha sido el primer observador del Concilio, que tuviéramos en la mesilla de noche —para su cotidiana lectura— algún libro de un enemigo intelectual nuestro, con el fin de ejercitar nuestras convicciones, y depurar nuestro pensamiento.

Así eliminaremos de nuestras expresiones religiosas todo «mito», en el mal sentido de la palabra. Así accederemos de verdad a nuestra mayoría de edad de seglares católicos.

# Seix Barral

## novedades



### BIBLIOTECA BREVE

#### OPINIONES DE UN PAYASO

Novela. De Heinrich Böll  
Matrimonio natural, sacramento y adulterio. Un importante debate sobre temas fundamentales de la problemática católica y, al mismo tiempo, la mejor novela y la más contundente de Böll. El best-seller de Europa en los últimos meses.

#### ALMA DE MADERA

Relatos. De Jakov Lind  
Relatos de variadas experiencias —entre las cuales destaca la más atroz: el terror nazi— reflejadas con toda intensidad y, aunque parezca imposible, con un «humor negro» superrealista y por un autor con un alma que no es en ningún sentido «de madera».

#### EN BUSCA DE UN INGLÉS

Relatos. De Doris Lessing  
Las primeras impresiones de la autora a su llegada a Londres, después de una infancia y una juventud sudafricanas. Las sólidas tradiciones y contradicciones británicas constituyen el contexto de esta brillante y malicioso libro de recuerdos.

#### MAMMA ROMA

Cine. De Pier Paolo Pasolini  
El guión del film y unos textos que ponen al lector en contacto con el Pasolini ensayista y poeta; anotaciones al guión, dadas en los días de rodaje, y cinco poemas escritos contemporáneamente al mismo.

#### POR UNA NUEVA NOVELA

Ensayo. De Alain Robbe-Grillet  
La más detallada discusión sobre el movimiento literario francés —«nouveau roman»— y seguramente europeo, que mayor vitalidad ha mostrado últimamente. El nombre de su autor le confiere un excepcional valor de documento de primera mano.

#### MOVIMIENTOS RELIGIOSOS DE LIBERTAD Y SALVACION DE LOS PUEBLOS OPRIMIDOS

Ciencias Humanas. De Vittorio Lanternari  
Brillante estudio sobre los cultos surgidos por un afán de emancipación en los pueblos «primitivos» de condiciones coloniales y semicoloniales.

### BIBLIOTECA FORMENTOR

#### EL SIGLO DE LAS LUCES

Novela. De Alejo Carpentier  
Una obra maestra de la lengua castellana contemporánea: la historia de un comerciante antillano que implanta en La Guadalupe las ideas liberadoras de la Revolución Francesa... y la guillotina.

#### CONSTANCIA DE LA RAZON

Novela. De Vasco Pratolini  
«Constancia de la razón» es una sencilla y dolorosa historia de amor en la Florencia de 1960. La ciudad, las muchachas, los amigos, los amores jóvenes, la evolución de las ideologías, la crisis de la vieja generación son sus grandes y pequeños temas, tan caros a Pratolini.

#### A VECES A ESTA HORA

Novela. De Antonio Ravinad  
El reflejo de un sector importante de la actual juventud española, aquella que no pertenece ni a la alta burguesía, con acceso a la Universidad, ni a la clase proletaria; una juventud algo mexicana, como el ambiente en que nació.

#### LOS BUENOS NEGOCIOS

Novela. De Gabriel Celaya  
La novela es una narración en dos planos: el de la crónica que nos cuenta los orígenes de una dinastía industrial y el tormentoso presente de la última generación de esta dinastía. Es también como un retrato con espejo de un grupo de personas a quienes la tradición de casta impone un estilo de vida que a menudo perfila la crueldad y la astucia.

#### CORRE, CONEJO

Novela. De John Updike  
Un impulso de vileza, de debilidad, de cobardía de «conejo»; un impulso de mera huida, de huida sin rumbo mueven todos los actos del protagonista de esta novela. Un cuadro magistral de un tipo americano. Un documento humano y social de una autenticidad sobrecogedora.



Editorial Seix Barral  
Provenza, 219 - Barcelona - 8